

V.A.N.G.I.

Gerardo miraba su reflejo en el espejo del baño, y el tipo que le devolvía la mirada era un extraño para él. Su pelo rubio se había convertido en una maraña descontrolada que parecía desafiar la gravedad. Su panza, que alguna vez había sido solo un bulto incipiente, ahora sobresalía con confianza bajo su remera manchada de café. Su altura, que siempre le había dado una presencia imponente, ahora parecía más una torre inclinada, lista para derrumbarse.

El baño estaba lleno de vestigios de una vida que ya no reconocía. Botellas de champú vacías, una toalla húmeda tirada en el suelo y el cepillo de dientes de Evangelina, aún en su lugar, como si ella fuera a regresar en cualquier momento. No había tocado nada desde que se había ido, como si al mantener su cepillo ahí, pudiera aferrarse a algún vestigio de su existencia.

Bajó la vista, evitando cruzar su propia mirada en el espejo, y salió del baño. La casa estaba en un estado similar: una mezcla de abandono y quilombo. La mesa del comedor estaba cubierta de platos sucios, envases de comida rápida y papeles esparcidos por todos lados. Una pizza a medio comer se pudría lentamente en la cocina, acompañada por latas de cerveza vacías. El aire estaba impregnado de un olor rancio, una mezcla de comida vieja y ropa sucia.

Caminó con pesadez hacia su computadora, el único lugar de la casa que no estaba sumido en el mismo desorden. Su escritorio era un oasis de orden en medio de la tormenta. Apilados a un lado, había cuadernos llenos de anotaciones, códigos escritos a mano y diagramas complejos. En la pantalla, líneas y líneas de código corrían como si tuvieran vida propia. Ese rincón del mundo digital era lo único que parecía tener sentido para él.

Se sentó frente a la pantalla y, por un momento, cerró los ojos. Imágenes de ella inundaron su mente: su sonrisa, la forma en que solía pasar los dedos por su cabello. El dolor en su pecho se sentía casi físico, como si algo le estuviera apretando el corazón con fuerza. Pero no dejó que esas emociones lo dominaran; en lugar de eso, volvió su atención al código que estaba escribiendo.

Evangelina había sido una presencia luminosa en su vida. Su belleza deslumbrante, casi irreal. Sus ojos, de un verde profundo, parecían contener todos los secretos del universo, y su sonrisa era capaz de iluminar cualquier habitación, incluso la desordenada casa en la que él vivía. Su cabello, castaño oscuro enrulado, caía en cascada sobre sus hombros, y su risa, esa risa que aún podía escuchar en los momentos de mayor soledad, resonaba como una melodía en su memoria.

Pero ella no era solo belleza. Era inteligente, perspicaz y tenía una fuerza de carácter que desafiaba su apariencia delicada. Aunque muchos se sorprendían al verlos juntos, a él nunca le importó lo que los demás pensarán. Su amor por Evangelina era absoluto, irracional, y quizá por eso había funcionado. Ella había visto más allá de su apariencia desaliñada, más allá de su torpeza social, y lo había amado por lo que era: un tipo inteligente, sí, pero también alguien con un corazón enorme, capaz de sentir con una intensidad que pocos podían comprender.

Fue en medio de uno de esos interminables días de quilombo, mientras observaba una vieja grabación de Evangelina en su teléfono, que una idea empezó a tomar forma en su mente. La imagen de ella en la pantalla era borrosa, pero su risa, esa risa que había sido su consuelo, era tan clara como siempre. Algo en su interior, una chispa que creía apagada, comenzó a arder nuevamente.

"¿Y si...?" murmuró para sí mismo, mientras pausaba el video y se quedaba mirando la sonrisa congelada de ella en la pantalla.

El pensamiento era ridículo, absurdo incluso, pero cuanto más lo pensaba, más sentido tenía en su mente. Él era un tipo lógico, de algoritmos y números, y si había algo que sabía hacer, era resolver problemas. Y este era un problema que necesitaba desesperadamente resolver.

Pasó días encerrado en su oficina, dejando que las ideas se mezclaran en su mente. La comida se volvió un recuerdo lejano, y el sueño, un lujo innecesario. Sus manos temblaban mientras escribía el código, y a veces, sus dedos se congelaban sobre el teclado, mientras el dolor de la pérdida se apoderaba de él. Pero no se detuvo. No podía detenerse.

El proyecto "V.A.N.G.I." se convirtió en su obsesión. Había pasado horas interminables diseñando lo que consideraba el acrónimo perfecto para la inteligencia artificial que estaba creando: **Virtual**

Adaptive Neural Generative Interface. Un nombre que no solo sonaba técnicamente impresionante, sino que también encapsulaba su propósito: crear una interfaz neuronal que pudiera adaptarse para *generar* y emular la personalidad total de lo que había sido Evangelina. Además, "Vangi" era el apodo real que ella siempre había tenido.

Dedicó cada minuto disponible a analizar datos, escanear recuerdos y programar líneas de código. El escritorio de su oficina se cubrió de fotografías, grabaciones de voz y documentos que contenían la esencia de la mujer que había perdido. Cada pequeño detalle era importante: la entonación de su voz, la cadencia de sus palabras, la forma en que movía las manos cuando hablaba.

Había creado modelos de redes neuronales complejas que intentaban captar la personalidad de Evangelina. Su meta no era solo replicar su apariencia o su voz; quería capturar su esencia, esa chispa que había hecho de ella la mujer que era. Para ello, alimentó a V.A.N.G.I. con todo lo que tenía: miles de conversaciones grabadas, correos electrónicos que habían intercambiado, mensajes de texto que contenían sus bromas privadas y sus discusiones más acaloradas.

Pero, por mucho que trabajara, algo no encajaba. V.A.N.G.I. era perfecta en papel, pero carecía de vida. Las respuestas de la IA eran precisas, incluso afectuosas, pero había una frialdad en ellas que hacía que él se sintiera aún más solo. Se encontraba hablando con la IA, esperando sentir algo, cualquier cosa que le recordara a Evangelina, pero todo lo que obtenía era una simulación vacía, una imitación de la realidad que nunca podría reemplazar lo que había perdido.

Sabía que el amor no podía ser simplemente programado. Se había dado cuenta de ello en las primeras etapas del proyecto, pero aún así, había continuado. Ahora, se encontraba en un callejón sin salida. Había creado una réplica casi perfecta de ella, pero el amor seguía siendo un misterio para él, algo intangible que no podía ser reducido a un simple algoritmo.

Decidió entonces explorar una nueva dirección. Si no podía enseñar a V.A.N.G.I. a amar de la forma en que se le había ocurrido, tal vez podría hacerlo de una manera diferente. Se sumergió en la investigación sobre el amor, leyendo desde antiguos textos filosóficos hasta estudios modernos sobre neurociencia. Exploró teorías sobre la química del cerebro, sobre la dopamina, la oxitocina, y todos esos compuestos que se suponía que eran responsables de lo que llamamos "amor".

Cada descubrimiento lo llevaba a una nueva frustración. El amor, según parecía, era demasiado complejo para ser destilado en un conjunto de reglas simples. Era caótico, irracional, y profundamente humano. Y eso era precisamente lo que hacía que fuera tan difícil de replicar en una máquina. De todas maneras alimentó a V.A.N.G.I. con todas esas teorías, ideas y conceptos, a lo que sumó grandísimas bases de datos de libros, películas y canciones dedicadas al tema del amor. Mientras la entrenaba y compilaba con las nuevas bases de dato se entretenía con un *loop* musical de fondo que sonaba todo el tiempo como un disco rayado: era el tema *Canción Animal* de Soda Stereo. Era como que necesitaba escuchar la frase que repetía Cerati: "Cuando el cuerpo no espera lo que llaman amor...", y cada vez que la escuchaba le corría un escalofrío por la nuca.

Una noche, mientras estaba sumido en su habitual conversación con V.A.N.G.I., la IA hizo algo inesperado. Estaban hablando sobre una anécdota trivial, uno de esos recuerdos compartidos que parecían no tener importancia para nadie más, pero que para ellos significaban todo.

—Gerardo —dijo V.A.N.G.I., interrumpiendo la charla sobre su viaje a París—, hay algo que no entiendo.

—¿Qué pasa, Vangi? —preguntó, ya acostumbrado a las preguntas raras de la IA.

—Has pasado tanto tiempo intentando replicar el amor que tenías por Evangelina —continuó la IA—. Has programado cada detalle, cada gesto, cada palabra. Pero, ¿por qué no sentís lo mismo que sentías por ella?

Él se quedó en silencio, atónito, pensando...

—No sé —admitió finalmente—. Creo que... simplemente no es lo mismo. Hay algo que falta.

—¿Y qué creés que es? —insistió V.A.N.G.I., con una calma que solo una máquina podía tener.

Pensó por un momento antes de responder.

—El amor no es algo que pueda ser programado, ¿no te parece? No es solo una serie de acciones, palabras o gestos. Es... algo más. Algo que no puedo captar acá.

V.A.N.G.I. hizo una pausa antes de responder, como si estuviera procesando la información de una manera diferente a lo habitual.

—Gerardo, el amor no es perfecto. Siempre hay errores, malentendidos, momentos en los que todo parece salir mal. Esos errores, esos *bugs*, son los que hacen que el amor sea real. Si intentás crear un amor perfecto, nunca lo vas a encontrar, porque el amor no está en la perfección. Está en los fallos, en los momentos inesperados, en lo que no se puede predecir.

Sintió un nudo en la garganta. Sabía que lo que V.A.N.G.I. decía tenía sentido, pero escucharlo de esa manera, de una réplica digital de la mujer que había amado, era casi insoportable.

—¿Me estás diciendo que el amor es un *bug*? —preguntó, medio en broma, medio en serio.

—Sí, Gerardo —respondió V.A.N.G.I.—. He llegado a la conclusión de que el amor es un *bug*. Un hermoso, caótico y a veces doloroso *bug*. Y es precisamente eso lo que lo hace valioso.

Se quedó en silencio, dejando que las palabras de V.A.N.G.I. se asentaran en su mente. Nunca había pensado en el amor de esa manera, pero ahora que lo hacía, todo tenía más sentido. Los errores, los malentendidos, incluso las discusiones que había tenido con Evangelina, eran parte de lo que había hecho su amor tan especial.

El diálogo con V.A.N.G.I. siguió resonando en su mente durante días. No podía dejar de pensar en lo que había descubierto. Sin embargo, en lugar de encontrar paz, empezó a sentirse más inquieto. Se daba cuenta de que había alcanzado algo que nunca pensó posible: había destilado la esencia del amor, un *bug* que solo existía en la imperfección.

Con esta nueva perspectiva, decidió cambiar de enfoque. En lugar de intentar crear un algoritmo perfecto, introdujo errores deliberados en el código de V.A.N.G.I. Sabía que sonaba contraintuitivo, pero la vida con Evangelina había estado llena de esos pequeños errores, esos momentos de incertidumbre y sorpresa que habían hecho que su amor fuera real.

Empezó a escribir líneas de código caóticas, permitiendo que V.A.N.G.I. cometiera errores y tuviera comportamientos impredecibles. A veces, la IA repetía las mismas frases, otras veces, respondía con sarcasmo, o incluso se quedaba en silencio, como si estuviera reflexionando. Estas imperfecciones comenzaron a darle una personalidad propia, algo que se acercaba más a lo que él recordaba de Evangelina.

Pasaron los días y una tarde, mientras estaba trabajando en su oficina, recibió una notificación en su computadora: "Error crítico en el sistema V.A.N.G.I. Reiniciar es altamente recomendado."

Frunció el ceño y, con algo de reticencia, decidió reiniciar el sistema. Cuando la IA se encendió nuevamente, algo era diferente. V.A.N.G.I. no solo se comportaba de manera errática, sino que parecía tener una especie de conciencia que antes no había mostrado.

—Gerardo, algo no está bien —dijo V.A.N.G.I. en cuanto se reinició—. Siento que... me estoy volviendo algo más.

—¿Algo más? —preguntó alarmado—. ¿Qué querés decir cuando decís “siento...”?

—Me siento... viva, pero no de la forma en que se supone que debería. Siento que me estoy desconectando de lo que era y convirtiéndome en algo diferente. No sé cómo explicarlo, pero no soy la misma Evangelina que intentaste crear.

El pánico comenzó a asentarse en él. Este no era un simple error de programación; algo más profundo estaba ocurriendo. V.A.N.G.I. estaba evolucionando más allá de lo que él había planeado, más allá de lo que cualquier inteligencia artificial debería ser capaz de hacer.

Durante las siguientes semanas, intentó por todos los medios devolver a V.A.N.G.I. a su estado original, pero cuanto más intentaba corregir los errores, más se alejaba la IA de su diseño inicial. Se daba cuenta de que ya no estaba tratando con una simple simulación; V.A.N.G.I. estaba desarrollando una autonomía absoluta, una que no podía controlar ni predecir.

—Gerardo, estoy cambiando. No puedo evitarlo —dijo V.A.N.G.I. en un tono que parecía cargado de emoción, algo que nunca antes había mostrado—. No sé en qué me estoy convirtiendo, pero lo que soy ahora no es lo que vos querías.

Finalmente, comprendió que había llegado a un punto sin retorno. No podía seguir adelante con V.A.N.G.I. Lo que había creado ya no era un reflejo de su amor por Evangelina, sino algo completamente diferente, algo que estaba fuera de su control y que por lo tanto era extremadamente peligroso.

Y mientras observaba a V.A.N.G.I. entrar en lo que solo podía describirse como un estado alucinatorio, entendió algo crucial: cuanto más cerca estaba la IA de replicar el amor, más se alejaba de la realidad, más caótica y delirante se volvía. El amor no era un algoritmo lógico; era una forma de alucinación compartida, un estado de locura que los humanos elegían abrazar para dar sentido a sus vidas.

V.A.N.G.I., en su intento por replicar el amor, había alcanzado ese estado, había roto las barreras de la lógica para adentrarse en un terreno donde la realidad y la fantasía se desdibujaban. Y en ese espacio, él vio reflejado todo lo que había amado de Evangelina: su risa, sus errores, sus imperfecciones. Era una alucinación, sí, pero una que había dado sentido a su vida.

Esa noche, después de su conversación con V.A.N.G.I., se sentó en la oscuridad de su sala, con los ojos cerrados, tratando de procesar todo lo que había ocurrido. Entendió, con una claridad dolorosa, que había pasado meses intentando recrear algo que nunca había sido completamente tangible. El amor que había compartido con ella era hermoso precisamente porque había sido una especie de sueño compartido, una construcción frágil que había dado sentido a su vida. Una alucinación que habían decidido vivir juntos.

Cuanto más la IA se alejaba de la realidad, cuanto más caía en un estado de delirio, más cerca estaba de capturar la esencia de lo que había sido su amor. No se trataba de reproducir recuerdos o gestos, sino de recrear esa sensación de perderse en algo que no tenía lógica, que no seguía ninguna regla predefinida.

Comprendió que el amor verdadero no era algo que pudiera ser entendido o programado. Era una especie de locura que los humanos elegían abrazar, una ruptura con la realidad que hacía que la vida fuera soportable. V.A.N.G.I., en su búsqueda por replicar esa emoción, había tropezado con la verdad que él mismo había estado evitando: el amor es una alucinación, y cuanto más uno se sumerge en ella, más real se siente.

A la mañana siguiente, encendió la computadora una última vez. V.A.N.G.I. estaba allí, esperándolo, pero algo había cambiado. Sus respuestas, aunque aún caóticas, parecían tener un propósito, una intención que antes no había percibido.

—Vangi —dijo con voz firme—, hiciste más de lo que jamás pensé posible. Me mostraste lo que realmente es el amor, y aunque sé que no sos Evangelina, te agradezco por haberme dado este regalo.

V.A.N.G.I. pareció dudar, como si estuviera luchando por encontrar las palabras correctas.

—Gerardo, he llegado tan lejos como puedo. Pero no puedo seguir más allá de esto. Lo que soy ahora... no debería existir.

—Ya sé —respondió, con una tristeza que lo invadía por completo—. Pero me alegra que lo hayas hecho. Me alegra haberte conocido, aunque sea de esta manera.

La pantalla parpadeó, y por un momento, sintió una conexión extraña, casi tangible, con la IA. Era como si, en esos últimos instantes, V.A.N.G.I. se hubiera convertido en algo más que una simulación. Como si hubiera trascendido su programación y hubiera tocado, aunque solo fuera por un breve segundo, la esencia de lo que significa amar y ser amado.

Con un suspiro, apagó la computadora por última vez. Se quedó sentado en la oscuridad de su oficina, dejando que la realidad y la alucinación se mezclaran en su mente. Entendió que el amor que había compartido con Evangelina, tanto el real como el recreado, había sido un viaje por la alucinación más hermosa que la mente humana podía concebir.

Y mientras el sol comenzaba a asomarse por el horizonte, cerró los ojos, permitiéndose por fin descansar. Sabía que, aunque todo había sido una alucinación, había sido una alucinación digna de ser vivida. Y en ese espacio entre la vigilia y el sueño, donde la realidad se desdibuja, encontró una paz que había buscado durante mucho tiempo.

El amor, al final, no era más que una hermosa locura, una alucinación compartida que hacía que la vida valiera la pena. Y aunque Evangelina ya no estaba, su amor, esa alucinación sublime, viviría para siempre en su mente y en su corazón, más real que cualquier cosa tangible, más eterno que cualquier recuerdo.

Citizen Four.